

Paulatinamente, los medios de comunicación comienzan a interesarse en los traductores públicos. En esta oportunidad la Revista Viva del 17 de marzo, discreta pero adecuadamente, empieza un camino que es de esperar que crezca cada día más. Agradecemos a la colega Clelia Chamatrópulos por su valioso y original aporte.

EL ARTE DE TRADUCIR: ENTRE LA LITERATURA Y LA REESCRITURA

UN VOZ A PIE DE PAGINA

HAY EN EL PAIS UNOS 7.000 PROFESIONALES QUE SE RECIBIERON EN ALGUNA DE LAS 14 UNIVERSIDADES QUE DICTAN LA CARRERA DE TRADUCTOR PUBLICO. OTROS, EN SU MAYORIA ESCRITORES, TRADUCEN TEXTOS POR AMOR AL ARTE. SOLO EN CAPITAL, HAY TRADUCTORES DE 34 IDIOMAS: LA MAYORIA DOMINA EL INGLES, PERO EXISTEN EXPERTOS EN FARSÍ Y SERBIO. PANORAMA DE UNA PROFESION EJERCIDA POR VARIOS ILUSTRES Y MUCHOS DESCONOCIDOS.



MIENTRAS REESCRIBO

Por Clelia Chamatrópulos, traductora de los idiomas sueco, noruego y danés.

El principal escollo que enfrentamos a la hora de traducir es cómo mantener el impacto de una frase en contextos culturales tan diferentes. Cuando daba los primeros pasos en la profesión, el mayor desafío y atractivo era que los idiomas con los que trabajo tienen una sintaxis diferente y los textos tienden a ser verborragicos o parcos en circunstancias distintas que el español. Desde el subtítulo -no más de 11 caracteres en una frase clave en una obra de Strindberg- hasta la más simple partida de nacimiento, la traducción (la buena traducción) implica siempre un proceso de reestructura, aunque el resultado final parezca una simple transliteración. Cada palabra (o frase) es consciente o automáticamente evaluada, pasada, desechada o aceptada por el traductor. Gente que trabaja en nuestro rubro hay mucha, pero no estoy de acuerdo con quienes dan la falsa y melancólica impresión de que los traductores son amarillentos ratones de biblioteca que siempre hablan "de lo que les pagan". Es difícil cobrar, pero en nuestro país tenemos intérpretes y traductores maravillosos. La nuestra es una profesión atractivísima. Obliga a leer y actualizarse, brinda la posibilidad de ser un lector o espectador privilegiado y nos permite reinvertarnos todo el tiempo.

HUGO VASILIEV

abril - mayo 2002

Borges debutó en la literatura con una traducción de *El príncipe feliz*, de Oscar Wilde, y nunca dejó de pasar al español textos ajenos. Ricardo Piglia aseguró sin ruborizarse que la traducción borgeana de *Las palmeras salvajes* logra un imposible: mejora la obra original, firmada por un grande de las letras como fue William Faulkner. Pero el autor de *El Aleph* no está solo. Mitre y Sarmiento fueron, amén de estadistas, traductores (y de los buenos). Aurora Bernárdez, José Bianco y Enrique Pezón se ganaron, con la prepotencia del trabajo bien hecho, un lugar entre los próceres del traductorado local. En el hemisferio norte, mientras tanto, Vladimir Nabokov es un caso único. Se tradujo a sí mismo del inglés -su lengua adoptiva- al ruso, su idioma natal. El autor de *Lolita* cuenta en la versión definitiva de su autobiografía *Habla, memoria* que la tarea le trajo no

pocos problemas. "Esta reanglicación de una nueva rusificación de lo que había sido un recapitular en inglés lo que al comienzo fueron recuerdos rusos resultó una tarea diabólica." Más acá en el tiempo, el español Javier Marías fue traductor y lector antes de atreverse a vivir de la escritura. Su versión de *Tristram Shandy*, la obra cumbre del irlandés Laurence Sterne, es casi tan monumental como el texto original, y le valió más de un premio. El mayor, que muchos digan que leyeron "el *Tristram* de Marías". Miren si será importante el trabajo del traductor literario, que en EE.UU., por caso, su nombre muchas veces aparece en la tapa del libro junto con el del autor. Aquí, en esta tierra amarreta en reconocimientos, con suerte se lo desliza ahí nomás de los datos sobre el derecho de autor de la obra en cuestión. Es que la vida no siempre es color de rosa para los traductores que viven en la Argen-

tina. No son muchos los que ocupan su tiempo pasando al castellano libros; buena parte de los profesionales viven de la traducción de documentos públicos y privados, subtitulando películas o transcribiendo manuales de electrodomésticos. De los siete mil traductores públicos que se recibieron en las 14 universidades que dictan la carrera, muchos no estrenaron su título. Aunque son los únicos profesionales cuyas traducciones tienen validez oficial, no es raro encontrarlos ejerciendo la docencia, a años luz de escribir a pie de página una "N del T". Según Beatriz Rodríguez, presidenta del Colegio de Traductores Públicos porteño, "nosotros defendemos al profesional de la traducción, que tarda más de diez años en formarse, no al arribista que hizo un curso y cree que se las sabe todas. Al profesional que está tan golpeado por la recesión". Porque crisis significa lo mismo en cualquier idioma.

DIME QUE SE TRADUCE...

Nuestra historia reciente puede ser leída según qué se tradujo en cada época. De 1976 a 1983, manuales de productos importados. Con la vuelta de la democracia, muchos artículos sobre política y películas. Del 91 al 96, balances de empresas a privatizar. En 2002, miles de diplomas de gente que abandona el país.

RECURSOS ONLINE

En el prolijo site del Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires (www.traductores.org.ar) se puede encontrar un poco de todo. Desde una guía de profesionales ordenada según idiomas, hasta una sección de enlaces que ofrece recursos valiosísimos para traductores profesionales o amateurs.